

ro, sobre la imposibilidad de la consumacion de la obra intervencionista.

Tal es la situacion, en los momentos en que cerramos esta revista. La cuestion militar, que Forey dió por terminada desde la ocupacion de México, y que tambien dan por concluida dia por dia los periódicos de la intervencion, sigue cada vez mas persistente, mas interminable que nunca: la victoria vuelve á acariciar nuestras banderas: la balanza se inclina ya á favor de la causa que ha de triunfar indefectiblemente, á despecho de franceses y traidores.

LA CUESTION EXTRANJERA.

Saltillo, Marzo 28 de 1864.

De las complicaciones reseñadas en nuestra revista anterior, como amago formal á la paz de Europa, la que de pronto ha tomado un carácter mas alarmante es la relativa á la cuestion dano-alemana, sometida ya á la suerte de las armas. Habiendo llegado las tropas de la Confederacion Germánica á orillas del Eyder, el paso de este rio, como en años pasados el del Pruth y el del Tesino, puede muy bien ser el anuncio de una guerra sangrienta, en la que tengan que tomar parte las potencias de primer orden. Ya la Inglaterra ha mandado una escuadra á las aguas de Dinamarca, para estar á la mira de los acontecimientos que se desarrollen en aquel país. Creese, sin embargo, que los grandes intereses empeñados en evitar la guerra á todo trance, lograrán probablemente contenerla todavía; mas no por eso deja de ser el peligro inminente, y en el estado que guardan las cosas, cualquier incidente puede nulificar todos los cálculos de la prudencia.

Las demas cuestiones europeas continúan por ahora en

un estado latente de efervescencia, que las hace aparecer ménos graves de lo que son en realidad. La lucha entre la Rusia y la Polonia sigue sin interrupcion, absteniéndose las potencias que tomaron el carácter de mediadoras, de todo paso que pudiera comprometerlas. En Hungría no estalla aún el anunciado movimiento revolucionario, para el que sin duda se espera mas propicia oportunidad. Los rumores que habian circulado por todas partes, de que el rey de Italia estaba de acuerdo con el partido de accion, para no demorar por mas tiempo la guerra que ha de romper las cadenas de Roma y de Venecia, obligaron al gobierno de Turin á desmentir tales especies, por medio de una circular del ministro de gobernacion. En consecuencia, si Garibaldi y sus amigos intentaren llevar adelante su propaganda, nada extraño seria que se repitieran los sucesos de Aspromonte. Quedando así sin explicacion los formidables preparativos de campaña hechos por Víctor Manuel, ni se comprende á qué fin pueden tender, ni le es muy honroso al monarca seguir haciendo el papel de prefecto frances.

En España ha habido una crisis ministerial, de resultas de la que ha entrado al poder un nuevo gabinete, declaradamente reaccionario, presidido por Arrazola. No es presumible que tenga larga vida; y en cuanto á sus ideas sobre la cuestion mexicana, no han de ser mas desfavorables para nosotros que las del ministerio anterior, en el que figuraban los marqueses de Miraflores y de la Habana.

Los debates habidos en el cuerpo legislativo frances, con motivo de la expedicion enviada á nuestro suelo, han tenido todo el interes que era de esperarse. Por desgracia no los conocemos íntegros, habiendo llegado solamente á nuestras manos algunos de los discursos pronunciados en esta interesante discusion. Nos falta, por ejemplo, el de Julio Favre,

del que se hacen grandes elogios, diciéndose que el eminente orador se excedió á sí mismo, en una discusion que podia ya darse por agotada. Acaso cuando logremos tener completa la coleccion de esos discursos, nos encargaremos de analizarlos en un opúsculo consagrado exclusivamente á este objeto. Por ahora nos limitaremos á algunos comentarios sobre los principales puntos que tocaron los oradores, de cuyas peroraciones en pro ó en contra tenemos ya noticia.

El debate se inició con una enmienda á la contestacion del mensaje imperial; enmienda propuesta por varios miembros de la oposicion, y concebida en estos términos: "Vemos con pena que el gobierno persiste en la expedicion de México. No podemos asociarnos á esa ruinososa empresa, y somos los intérpretes de la opinion pública, al pedir que se le ponga término inmediatamente."

El primer orador que habló en defensa de la enmienda, fué Guérault, el ilustrado periodista, recordando la innegable impopularidad de la expedicion de México; alegando que las vejaciones sufridas aquí por los franceses no podian dar lugar á la guerra, por no ser justo exigir que los extranjeros gocen de una seguridad que no es dado disfrutar á los mismos nacionales; y extrañando que de la proteccion eficaz á las personas y á las propiedades, único objeto del tratado de Lóndres, se hubiera pasado hasta el establecimiento de una monarquía. Guérault declaró impracticables los medios adoptados para oponer en México una barrera á la invasion de la raza anglosajona, pues aun en el caso de que llegaran á triunfar los Estados Confederados, estos serian el primer enemigo de de la monarquía mexicana. Extrañó luego que se hubiera atacado aquí al partido liberal, cuyos principios son los de la revolucion francesa, los de la civilizacion mo-

derna. Censuró la política seguida en la cuestion mexicana, por llevar consigo la eventualidad de una guerra con los Estados-Unidos; y eso, cuando para obtener un resultado favorable de la tutela de México, habrá que gastar una enorme suma anual. Llamó frustrada la expedicion de México, y manifestó que la conducta mas razonable seria retirarse, y retirarse lo mas pronto posible.

A razones tan sólidas como las emitidas por Guérout, contestó el baron de Beauverger con el lugar comun de que en México, durante cuarenta años, ha reinado la anarquía en todo su horror repugnante. Quiso justificar la expedicion, presentándola como muy conveniente para el fomento y el engrandecimiento del comercio y de la marina de la Francia. Anunció que ya las siete octavas partes de la poblacion mexicana han reconocido la intervencion, siendo seguro que no tardará en hacerlo la totalidad. Recordó que la intervencion en España, en 1823, costó doscientos ocho millones de francos, que no arruinaron á la Francia, la cual ninguna ventaja positiva sacó de aquella empresa, mientras que en México la explotacion mineral indemnizará ampliamente á la misma Francia de todos sus sacrificios.

En este discurso, lo mismo que en todos los demas encaminados á defender la injustificable política napoleónica, encuentra el ménos avisado la vaciedad que es propia del sostenimiento de una mala causa. Exajerada es en extremo la pintura que se hace de nuestra anarquía, la cual por otra parte no justifica la intervencion extranjera. La prosperidad del comercio y de la marina de la Francia debe buscarse por medios lícitos, no con empresas de filibusterismo, inadecuadas por no dejar para alcanzar el fin propuesto. De ser cierto que la totalidad de la poblacion mexicana ha reco-

nocido la intervencion, no se comprende para qué sigue aquí el ejército frances, que no tiene ya enemigos con quienes combatir. Los doscientos diez millones gastados ya en la expedicion de México, subirán, si no se retira pronto, á cantidades de suma cuantía, muy superiores á los doscientos ocho millones gastados indebidamente en la intervencion de España. La explotacion mineral de México no puede indemnizar á la Francia de sus sacrificios, á no ser que se despojara á todos los particulares, dueños de minas, de los derechos que sobre estas les corresponden, para que los disfrutara la Francia por el tiempo indefinido necesario para su reembolso; en cuyo caso, á todos los otros caracteres odiosos con que está ya marcada la obra inicua de Napoleon III en nuestro país, se agregaria el de un inaudito despojo, el de un robo á mano armada, de los bienes de particulares.

Despues de Beauverger habló Thiers, pronunciando un discurso verdaderamente notable bajo todos aspectos. El ilustre orador, tan feliz ahora como en las épocas pasadas en que adquirió alto renombre en la tribuna parlamentaria, se explicó con toda la claridad, con todo el buen método, con todo el acopio de fuertes razones que eran de esperarse de su talento, aplicado á una causa tan justa como la nuestra.

Fijándose desde luego en el verdadero *quid* de la dificultad, que es el del enorme desembolso ocasionado al tesoro frances por la expedicion á México, dijo con acierto que el tiempo vuela, y que el gravámen irá subiendo mes por mes hasta llegar á hacerse intolerable. Se mostró escandalizado de que tantos sacrificios no tuvieran otro fin que el de fundar en el Nuevo-Mundo un grande imperio, empresa que confundia su razon. No encontró conexion alguna entre la proteccion á los súbditos franceses y el establecimiento de

una monarquía mexicana. Entró en seguida en una larga explicacion sobre la clase de relaciones que los Estados de Europa sustentan con los Estados de la América del Sur; y despues de opinar que no estaban estos preparados para la forma republicana cuando se emanciparon de la metrópoli, convino en que los extranjeros han sido vejados de diversas maneras, dando esto por resultado que convertidos los agravios en reclamaciones pecuniarias, se haya establecido el uso de las convenciones diplomáticas. A juicio del orador, no siendo posible entenderse con la monarquía, el mejor camino es seguir la regla inglesa de mostrarse severo por la vía marítima, aun cuando no sea por otro motivo que por el de no encontrarse con dificultades insuperables, pues el honor se detiene donde se detienen los medios. Luego se encargó del exámen de los partidos, aseverando que es un sueño la idea del conservador de hacer un Brasil de México, para lo que se encuentra la gravísima dificultad de haber contraído las poblaciones mexicanas hábitos republicanos, en el espacio de cincuenta años, y la no ménos grave de estar aliado con ese partido un clero que tiene las costumbres intertropicales, y que aspira á recobrar los bienes que han adquirido innumerables compradores.

De cuanto hasta aquí llevamos extractado de lo dicho por Thiers, solamente tenemos que hacer en contra la observacion de que ha exajerado el estado de la anarquía en México, y de que ha incurrido en el error de suponer que el clero tiene un artículo en nuestro presupuesto. En todo lo demas, las reflexiones del orador son tan exactas como oportunas.

Al llegar al punto del triunfo alcanzado por los liberales, á fines de 1860, se refirió al deseo del gobierno de Juarez de gobernar moderadamente con el partido mas fuerte: tuvo la

noble imparcialidad de afirmar que nuestro presidente está reputado por hombre de bien, lo cual dijo á los diputados de la mayoría que debia confesarse, aunque se trataba de un enemigo de ella; y con no menor justificacion sostuvo que se podia haber sido algo mas paciente con un gobierno que no habia mostrado mala voluntad, que estaba embarazadísimo, y que prometia conducirse mejor cuando le llegara la solvencia por falta de lo cual se suspendió por dos años el pago de las convenciones extranjeras.

Respecto del tratado de Lóndres, lo declaró negativo por la diversidad y aun oposicion de miras de las tres potencias signatarias. Elogió los preliminares de la Soledad, que á mas de estar conformes con la declaracion de que la expedicion no tenia por objeto conquistar ni revolucionar el país, sino obtener justicia, evitó que la epidemia hubiera acabado con las tropas aliadas en Veracruz.

Mientras los gobiernos inglés y español insistian en que se llevara adelante el plan primitivo, se presentó Almonte, pregonando que habia recibido la mision de restablecer el sistema monárquico en provecho de un príncipe austriaco. Sentada esta proposicion, dijo el orador, y este es un punto importantísimo para la historia del atentado cometido con nosotros, que era demasiado evidente que los representantes de Francia habian recibido órdenes favorables á la idea que representaba Almonte. Thiers hizo al gobierno imperial la grave acusacion de no haber impreso el acta de la conferencia de 9 de Abril, en la que los plenipotenciarios Jurien y Saligny declararon que jamas habian pensado tratar con Juarez, poniéndose así en abierta contradiccion con sus hechos anteriores.

Terminada la ojeada retrospectiva del negocio, se preguntó Thiers cómo se saldria de México. Sin andarse con reti-

cencias, declarando que la Francia se ha colocado en una falsa posicion, afirmó que para salir de ella con el honor á salvo y salvados tambien los intereses, debia sacrificarse algo de amor propio, tratando con el gobierno de Juarez. En apoyo de esta resolucion, dijo que el partido liberal es en México el mas fuerte, como lo prueba de una manera incontestable, que el general Bazaine está haciendo lo que constituye el programa de aquel. Para salvar la dificultad del falso anuncio sobre el establecimiento de una monarquía en México, indicó que podria alegarse con muy buen fundamento la exigencia de la opinion pública, consistiendo por otra parte en esa palinodia, el sacrificio de amor propio á que ántes se habia referido.

En seguirse el sistema actual, encuentra el orador el inconveniente de tener la Francia que pagarlo todo, para sostener al monarca que vendria á encontrarse sin un centavo, y al que seria indecoroso abandonar, despues de haberlo comprometido. El gasto mensual subiria entónces considerablemente, sin que México pudiera contraer un empréstito, faltándole la garantía del gobierno frances, que ni este seria de esperar que diera, ni ménos creible que otorgara la asamblea. Valiéndose de exactas consideraciones económicas, demostró Thiers la imposibilidad de que las rentas públicas de México tuvieran, y ménos en un corto período, un aumento de consideracion; de manera que se necesitarian muchos años para indemnizar á la Francia de los sacrificios que tan inconsideradamente está haciendo, sin esperanza de reintegro.

Thiers no olvidó el peligro que corre la Francia de que, una vez concluida la guerra de Norte América, queden cincuenta ó cien mil aventureros, en disposicion de tentar fortuna en México. Lo que sí no tuvo presente, ó no creyó

prudente decir, fué que la paz de la vecina república haria indudablemente que el gobierno de Washington se declarara en favor de las instituciones republicanas y liberales en México, siguiendo las inspiraciones del espíritu público que hoy esta conteniendo.

Ninguna parcialidad puede suponerse en Thiers, como estímulo para haber hablado en favor nuestro. La fuerza de la verdad, el grito poderoso de la conciencia, es lo único que mueve á ese hombre de Estado, en union de los demas franceses imparciales que han condenado la expedicion de México, á desagradar al poder reinante con la franca expresion de conceptos incontrovertibles.

Que lo fueron los que acabamos de compendiar, lo pone en evidencia la triste vulgaridad con que un abogado del talento de Chaix d'Est-Ange tuvo que contestarlos. Buscando el modo de afectar la susceptibilidad francesa, metió mucho ruido para contrariar la proposicion de que el honor se detiene donde se detienen los medios. Sostuvo ademas que la Francia no está reducida á decir que no puede mas. Reproduciendo luego los lugares comunes de que se ha hecho ya tanto abuso, habló de la falsa tentativa de asesinato contra el ministro frances, de la ruina de los franceses en toda la América, si el gobierno imperial se mostrara débil é impotente en la cuestion de México. Explicando á su modo el tratado de Lóndres, aseveró que para alcanzar el fin consignado en él, de la proteccion eficaz de personas y propiedades de las tres potencias, el medio era la creacion de un gobierno monárquico. Para concluir calificó de acto de cobardía y de vileza la retirada del ejército frances, dejando comprometidos á todos los franceses residentes en México y á los mexicanos aliados.

La peroracion del órgano del gobierno nada contuvo nue-

vo ni sólido. A los rancios argumentos de Billault, contestados ya mil veces satisfactoriamente, solo agregó el absurdo de pretender que se haga lo que sale de los límites de la posibilidad, y la temeraria interpretacion de que en el tratado de Lóndres estaba estipulado el establecimiento de la monarquía mexicana. La mentira y el descaro son las armas que se vienen jugando tiempo ha por nuestros enemigos.

De la selecta minoría que forma la oposicion en el cuerpo legislativo, salió en defensa de la causa de México, otra voz bien conocida como una de las mas respetables en la tribuna y en el foro de la Francia. Nos referimos al célebre Berryer, que llevaba como Thiers muchos años de silencio en las cuestiones políticas, y que vuelve á la palestra sin haber rebajado en nada su valor.

Tambien en concepto de este orador, la política conveniente para la Francia es la de retirarse y tratar; pero diferente de Thiers en que con quien considera que debe tratarse es con el gobierno que ha fundado la expedicion francesa, alegando que si no se hace así, será porque ese gobierno no cuenta con la mayoría del país, y se sostiene únicamente por la presencia de las armas francesas. Llamó loca é insensata la empresa de traer á México á Maximiliano, en caso de que no se le pudieran proporcionar los elementos necesarios para sostenerse por sí solo; y en tal eventualidad, siendo indispensable seguirlo sosteniendo con el ejército frances, habria necesidad de dominar á todo el país, para lo que se requerian muchos años. Indicó el peligro de que los ingleses vieran con disgusto el establecimiento de una potencia, que podria algun dia comprometer los intereses británicos en las Antillas; é hizo presente la contradicción en que se ha incurrido al invitar al gabinete de Washington para que se asociara al tratado de Lóndres, siendo así que en las instrucciones de

Napoleon á Forey se declaró que la expedicion se dirige principalmente contra los Estados-Unidos, los cuales no dejarían por tal motivo de hacer la guerra, mas tarde ó mas temprano, al monarca patrocinado por la Francia, para la que acabaria por ser ruinosa tal proteccion.

Los puntos comprendidos en este discurso son pocos; pero todos atañen á la esencia de la cuestion. Incontestable es el dilema de que, ó el gobierno establecido bajo el amparo de las bayonetas francesas y cuya última expresion va á ser el archiduque Maximiliano, tiene la estabilidad necesaria para sostenerse por sí mismo, por contar con la mayoría del país, en cuyo caso debe retirarse la expedicion francesa; ó por el contrario, no cuenta ese gobierno realmente sino con el apoyo de la fuerza extranjera, y entonces se comete el atentado de imponerlo al país que lo desecha; empresa loca é insensata que exigiria la dominacion de todo el territorio en una larga serie de años. Tratar con el gobierno creado por la expedicion francesa, está muy léjos de ser una solucion satisfactoria para los que sabemos que no representa al país, el cual no daría por válidas las estipulaciones en que aquel conviniera; mas bajo el punto de vista de Napoleon, que considera á ese gobierno como la legítima representacion de la voluntad del pueblo mexicano, el argumento de Berryer no admite réplica. El peligro de una colision con la Inglaterra, con motivo de sus intereses en América, no es ciertamente improbable; y el de la guerra mas ó ménos pronta con los Estados-Unidos es evidente, entre otras razones, por la de la sangrienta burla que se les ha jugado por la Francia al invitarlos á asociarse á un tratado, dirigido en el ánimo de aquella potencia contra ellos, para minar su prosperidad y engrandecimiento.

A Berryer contestó el conde de Latour con unas cuantas

palabras, en las que expresó que no se podía desaprobado lo hecho por las tropas francesas en una lucha contra un enemigo indigno de su generosidad, contra generales que hasta han violado el honor militar, volviendo á tomar las armas despues de haberlos dejado libres bajo su palabra. A esto siguió una diatriba contra la república, un elogio de la monarquía, y el anuncio de que seria peligroso para la paz de Europa, que México perteneciera á una potencia tan considerable como los Estados-Unidos, que bien pronto se apoderarian de la América Central, llegando hasta el istmo de Panamá, desde donde dominarian el comercio del Atlántico y del Pacífico.

El término de la cuestion mexicana nada tiene que ver por cierto con la conducta observada por el ejército frances. El conde de Latour ha faltado á la verdad al aseverar que algunos de nuestros generales han quebrantado su palabra de honor, siendo bien sabido que los que han vuelto á tomar las armas en defensa de la independendencia nacional, despues de haber estado prisioneros, lo han hecho precisamente por haberse negado, en términos muy explícitos, á contraer compromiso alguno que los ligara con el enemigo. La opinion del conde de Latour en contra de la forma republicana y en favor de la monarquía, no es un motivo justificado para imponer por la fuerza la última al pueblo mexicano.

Dudoso es que los Estados-Unidos trataran de apoderarse primero de México y luego de las cinco repúblicas de Centro-América; y en todo caso, el peligro eventual de semejante hecho no da título á ninguna otra potencia, para ser ella la que se anticipe en la obra de filibusterismo que se anuncia.

Entendemos que despues del conde de Latour hablaria Julio Favre, cuyo discurso, como ántes indicamos, no cono-

ceamos ni en extracto. El ministro de Estado Rouher cerró la discusion con una peroracion bien larga, aunque poco fundada, de la que pasamos á ocuparnos.

El órgano del gobierno expresó que iba á dar una explicacion sencilla y precisa de las causas que motivaron la expedicion de México, así como de las circunstancias con que comenzó y se llevó á efecto, por ser esto lo que constituye el programa sincero de las condiciones con que deberá terminarse.

Rouher faltó desde luego á lo que acababa de ofrecer, pues léjos de expresarse con verdad, alegó como agravios recibidos por la Francia del gobierno de Juarez, falsedades notorias, tales como la de que en pocos meses fueron asesinados en la ciudad de México veinticuatro franceses, quedando impunes los asesinos. En materia de errores históricos no anduvo escaso el Sr. ministro de Estado, al decir que el ministerio de que estuvo encargado el Sr. Zarco fué el de hacienda; al suponer que la expulsión del embajador de España y del nuncio del Papa fué posterior al primer período del restablecimiento en México del gobierno de Juarez; y al aseverar que este mismo gobierno se negó á presentar á la aprobacion del congreso el convenio celebrado con Saligny, y se dejó arrastrar á todos los excesos de la debilidad y de la impotencia. Cuando se ve que todo un ministro imperial, á los tres años de iniciada la cuestion de México, sobre la que se ha derramado ya tanta luz, apela todavía como única defensa de la política de su amo á la mentira y á la difamacion, no se puede desear testimonio mas patente de la justicia incontrolable de nuestra causa.

La celebracion del tratado de 31 de Octubre de 1861, es á juicio de Rouher una prueba incontrovertible de que eran serios los agravios inferidos, y legítima la reparacion que se